

# *SEGURO SOCIAL*

UNA ECONOMIA AUTENTICA Y RACIONAL  
DE LOS RECURSOS Y VALORES HUMANOS.



# *BIBLIOTECA SELECTA*

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de Panamá.

SUSCRIBASE A LA  
*BIBLIOTECA SELECTA*

*AROELECTRICA, S. A.*

SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, No. 10

Tel. 2156

Apartado 143

Panamá, R. P.

Ave. Justo Arosemena

y Calle 12

Tel. 1088-L

Colón, R. P.

*BIBLIOTECA SELECTA*

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

---

Año II — Enero de 1947 — Número 13

---

CUENTOS  
DE  
GUATEMALA

SELECCION Y NOTA PRELIMINAR

por

ALFONSO ORANTES

BIBLIOTECA SELECTA  
P A N A M A  
1 9 4 7

Número 13

CONTENIDO

Nota Preliminar, por Alfonso Orantes.....	5
La Tzehua, por Máximo Soto Hall.....	7
La Cajita, por Rafael Arévalo Martínez.....	12
Felipe Esquipulas, por Carlos Wyld Ospina.....	15
La Deuda, por Flavio Herrera.....	22
El Hormiguero, por Arqueles Vela.....	25
El Hombre de los bastones, por Carlos Samayoa Aguilar.....	34
El Hermano Pedro, por Miguel Angel Asturias.....	37
Los Revolucionarios, por Carlos Samayoa Chinchilla.....	40
Rosalinda, por Rosendo Santa Cruz.....	47
Confidencia que le hizo un indio bolo a otro indio, por Francisco Barnoya Gálvez.....	50

## NOTA PRELIMINAR



En una referencia tan rápida y somera como ésta, no es posible aludir a la trayectoria que haya seguido el cuento en Guatemala. Aunque muchos de nuestros escritores han divulgado tradiciones y leyendas en distintas épocas, los cuentistas propiamente dichos han sido escasos. La carencia de una Antología—que ya se hace indispensable—dificulta la tarea.

Tomando al azar nombres, encontramos los de aquellos intelectuales que, en distintas revistas literarias, publicaciones periódicas o cuotidianas, habían y han venido escribiendo habitual o esporádicamente. Entre esos nombres hay que anotar los de Milla, Batres Jáuregui, Manuel Diéguez, Soto Hall, Francisco Quinteros, etc., para no citar sino algunos de los más antiguos y conocidos. González (Fósforo), Arévalo Martínez, Wyld Ospina, Flavio Herrera, Arqueles Vela, Dávila Barrios, Miguel Angel Asturias, Carlos Samayoa Aguilar, Samayoa Chinchilla, Rosendo Santa Cruz, Francisco Barnoya, los hermanos Nájera Farfán y otros más, entre los modernos y contemporáneos.

Pero en este muestrario de algunos de los cuentistas guatemaltecos, lo que se intenta especialmente es contribuir a que se haga efectiva la generosa tarea en que un poeta panameño de singular relieve—ROGELIO SINAN—está empeñado y quien por su entusiasmo, talento y tenacidad ha logrado hacer de BIBLIOTECA SELECTA un estimable vehículo para el intercambio y conocimiento de los valores intelectuales y culturales de nuestro Continente. Es así como al suscrito le ha sido posible dar a conocer, en esta oportunidad, los nombres de algunos de los escritores guatemaltecos de mayor valía que han cultivado y cultivan el cuento.

El hecho de no citar o no incluir a un mayor número de escritores de mi país en esta Nota y selección, no implica desconocer ni regatearles los méritos que a cada uno corresponden. En todo caso el único valor que el suscrito pudiera tener frente a todos y a cada uno de esos legítimos valores, espiri-

tuales de Guatemala, sería el de reconocerlos, aquilatarlos y mostrarlos a todos con patriótico orgullo.

ALFONSO ORANTES (\*)

Enero de 1947.

(\*) Sin entrar en detalles de lo que comunica Orantes al respecto, y con posibles omisiones, notamos que sólo hay estos libros de cuentos, hasta ahora: *La lente opaca*, de Herrera; *18 cuentos*—muy extensos—, de Valentín Dávila Barrios; *Lo que no sucedió*, de Samayoa Aguilar; *Han de estar y estarán*, de Barnoya Gálvez; *Cactus*, de Zea Ruano; *Cuentos del día y de la noche*, de Arqueles Vela; *Cuentos chapines*, de Rodríguez Rossignon; las *Leyendas de Guatemala*, de Asturias; hay cuentos, entreverados de novelas cortas, en libros de Arévalo Martínez, Carlos Wyld Ospina—cuyo silencio lamentamos—, de Carlos Samayoa Chinchilla y de algún otro, no todos asequibles ya, por cierto.

Algunos cuentistas o escritores que han escrito cuentos, como los hermanos Nájera Farfán, Balsells Rivera, Hernández Cobos, Francisco Méndez, Octavio Aguilar, David Vela, Pedro Pérez Valenzuela, etcétera, no los han reunido en libro, y aún de los anteriormente citados, en sus libros sólo están algunos, faltando muchos de sus buenos relatos con calidad de verdaderos cuentos. En las páginas de *El Imparcial*, sobre todo del año 30 al 40, se publicaron muchos, entre los cuales algo de bueno se podría coleccionar para una antología que, si no estamos mal enterados, habrá el proyecto de realizar. Por supuesto, para una recopilación de momento, el buscarlos resultaría empeño abrumador.

Bastante se ha discutido sobre si nuestros escritores tienen embocadura para escribir cuentos y sobre si se debe escribir solamente cuentos de asunto nacional o de carácter general, universal; esta discusión arranca de principios del siglo, pues ya la vemos agitarse en las páginas de *La República*, en donde escribieron cuentos "nativos" y de otras clases, el chispeante humorista español que se firmaba Ben Gebriel, y el no menos chispeante Manuel Valle, que se firmaba V. M. Leal. Pero el tema de esa discusión es materia para largo estudio, y no cabe en una apostilla volandera.

Lo cierto es que si se ha escrito regular cantidad de cuentos, la falta de libros que los contengan hace difícil apreciar en conjunto su calidad y logros, y la capacidad del escritor guatemalteco para dominar felizmente ese género tan grato como escabroso. Las antologías o recuentos que ahora se hagan, adolecerán, por eso mismo, de deficiencias; pero serán utilísimas y quizá despierten entusiasmo entre los autores, para superar lo alcanzado, ya que abundan los materiales y sugerencias, como acaso no abundan para la novela. Hay que atreverse...

(Fragmento de una nota sobre la Biblioteca SELECTA aparecida en EL IMPARCIAL de Guatemala, martes 4 de junio de 1946).





## LA TZEHUA

por MAXIMO SOTO HALL

Caminaba del pueblo Desamparados, en la República de Costa Rica, a mi pequeña **estancia**, que distaba apenas dos kilómetros del lugar. **Me** acompañaba un hombre del campo, alma ingenua y sana, que había logrado conservar, con toda su pureza, su nativa sencillez. Yo que amo esas **almas**, vírgenes de artificio, y me complazco en **penetrar** en ellas, escuchaba atento su conversación, y sólo de cuando en cuando le interrumpía para **hacerle** una pregunta, que era algo como un buceo. Ni un aletear del viento movía los árboles; **nadie** transitaba por el camino; reinaba un silencio **majestuoso** en la plenitud de una noche soberbiamente constelada. Apenas si venía a turbar esa **calma** solemne, como un crujir de raso, el murmullo **apagado** de un riachuelo línfático que discurría, **lamien-**do piedras, en el fondo de un próximo barranco.

De pronto oímos el golpe acompasado **de un** caballo que trotaba bien, opacado el golpear **de** sus cascos por el piso de la tierra.

—Alguien viene —dije a mi compañero.

Puso alerta el experto oído de hombre del campo y, con la seguridad del que está convencido de lo que afirma, contestó:

—No viene por este camino; va por el otro de más arriba.

No había acabado de pronunciar esta frase, cuando se apagó el ruido de las pisadas, como si el jinete se hubiera detenido de pronto. Unos momentos después debió proseguir la marcha, pero en lugar del rítmico golpear del trote se dejó oír el repiquetear desatentado de un galope tendido. Con voz ahuecada, que parecía envolver un supersticioso respeto, el campesino murmuró:

—Ese caminante se ha encontrado con la Tzehua. Pero no tenga miedo, patrón; a nosotros no nos sale; somos dos y, para ajuste, caminamos a pie.

—¿La Tzehua? —prorrumpí con extrañeza—. ¿Qué animal es ése?

Me pareció que una sonrisa había retozado en los labios de aquel buen hombre, que repuso, como si no se animara a creer en mi ignorancia:

—¡Pero, señor, cómo es posible que usted que lee tanto no sepa lo que es la Tzehua! Es el mismísimo demonio, y Dios lo guarde de encontrarse con ella.

—Te aseguro que no lo sé; explícamelo.

Estábamos ya muy cerca de la estancia y seguía oyéndose el vertiginoso correr del caballo; los perros, que nos habían olfateado, ladraban, no en son de alarma, sino de gusto; la noche era fresca,

las estrellas regaban siempre su oro pálido sobre el vasto paisaje, y el riachuelo linfático proseguía en su crujir de raso. El ambiente todo parecía convidar a las consejas y relatos misteriosos. Comenzamos a caminar más despacio, y el rústico, con un sabor de poesía, que sólo da la credulidad de las imaginaciones en bruto, se expresó así:

—No hay uno solo de los que han visto a la Tzehua que se haya quedado como era antes. Hombres fuertes, sanos, colorados, que nunca se afligieron por el trabajo, después que se les apareció, resultaron amarillos, y flacos, y flojos. Algunos también se murieron de puro susto —y citó a varios de los que habían perdido la vida a causa de la terrible aparición.

“No es fácil verla —prosiguió diciendo— en todas partes. Son ciertos lugares los que le cuadran. Por aquí anda siempre, y por eso, fíjese que es raro ver a un caminante solo a caballo. Casi siempre van dos juntos.”

—¿No es posible que la vean dos? — le interrumpí.

—Cuando uno va solito, es que se asoma —repuso, hilvanando de nuevo su relato, con la satisfacción del que sabe que es escuchado con vivo interés—. En algún sitio lejos del poblado, sobre todo si hay arboleda y el camino es estrecho, es cuando le gusta sorprender a los viajeros. En medio del camino se presenta, y con una voz muy dulce y muy débil, como si estuviera muriendose, dice: “Señor, estoy muy cansada y tengo que ir a ver a mi madre que está enferma; ¿me quiere lle-

var al pueblo de...?, y dice el nombre del pueblo que está más cerca, porque, como es el mismo enemigo, todo lo sabe.

—¿Entonces es una persona, o tiene el aspecto de una persona? —me atreví a interrumpirlo nuevamente.

—Es una joven muy linda. Blanca, con los ojos negros y grandes, el pelo rizado y la boca preciosa. Todos los que la miran así se encantan de ella y, sobre todo, les da lástima, porque se le ve el cansancio en la cara y se le siente en la voz.

Un céfiro tímido comenzó a jugar en aquel momento, estremeciéndose las hojas con un temblor suave, como si un ser misterioso e invisible se adelantara, abriéndose paso entre las ramas tupidas. La naturaleza ayudaba al narrador.

—Ni los más cerrados se resisten a su ruego, y todos caen en su lazo. Hay quienes le ofrecen la delantera de la montura, y otros que prefieren llevarla a la grupa. Para ella es lo mismo. Cuando comienzan a caminar, si va adelante vuelve la cara; si va atrás, hace que el jinete la vuelva. Aquí lo espantoso. Aquella mujer hermosa ya no es ella. Tiene la cara como la calavera de un caballo, los ojos lanzan fuego, enseña con amenaza los dientes pelados y muy grandes, tiene la boca abierta y arroja un vaho por aliento que huele a podrido. Al mismo tiempo sus brazos, como fierro, se agarran del jinete. El mismo caballo, que parece que se da cuenta de lo que lleva encima, arranca a correr como loco, sin que ninguno lo pueda contener.

—¿Y qué pasa después?

—Los que al hacer montar a la joven hermosa han tenido malas intenciones, esos mueren todos, y se les encuentra tendidos con los ojos abiertos y saltados; los otros, ya se lo dije, para toda su vida quedan sin servir para nada.

Llegábamos al portón de la estancia y los perros ladraban más fuerte. Yo, entretanto, me internaba en una profunda meditación. ¿No tiene una enseñanza muy saludable esta fantasía? ¿Quién en el camino de la vida no se ha encontrado a la Tzehua? ¿Quién no ha sentido la seducción de la belleza con todos sus hechizos físicos, y nada más? ¿Quién no se ha rendido a la piedad mal entendida? Quién en un momento no tomó el similor por oro? Y..., después, la debilidad en el cuerpo o en el alma, la muerte acaso.

¡La Tzehua, grande o pequeña, con huellas de arañazo o surco de arado, todos la hemos encontrado en nuestro camino!





## LA CAJITA

por RAFAEL AREVALO MARTINEZ

Oiga, me dijo mi amigo: observo que todos sus cuentos terminan de la misma manera: el personaje animal parte para un lugar próximo o lejano; pero parte siempre.

—Es, le contesté, que cuando hago la evocación de mis protagonistas, acuden éstos dóciles al reclamo de mi pluma. Llenan mi fantasía y ocupan de tal modo mi calenturiento cerebro de escritor, que para terminar mi historia tengo que hacerlos partir, para poder quedarme solo y descansar. Si no lo hiciese así, continuarían acompañándome.

—Bueno, pero no es sólo eso: es que su procedimiento de Ud. es siempre el mismo. Usted nos repite una misma historia...

—Todos los escritores no escriben más que un libro en el que solo figura un único personaje, que es siempre el autor. Los episodios son diferentes, son el objeto, que es múltiple; pero el protagonista es siempre el mismo; es el sujeto, que tiene que ser

singular. La creación de Sherlock Holmes puede servirnos de ejemplo clásico. Si Ud. lo quiere más elevado le ofrezco el caso de la obra literaria de Poe. No en balde ha sido definida la belleza como *la unidad y la variedad* armónicamente distribuidas. Además, así procede la vida misma: fíjese usted en un árbol...

La historia que ahora le voy a contar es la de un hombre cuyo rostro me dió la sensación de una cajita cuadrada. Ya ve usted, por espíritu de unidad quisiera ofrecerle una nueva visión animal. Pero en el fondo es lo mismo: es la misma búsqueda del alma tras las apariencias corpóreas.

La historia es curiosa e interesante. Amigo, le dije en una ocasión al hombre cuyo rostro parecía una cajita cuadrada, le voy a probar en usted mismo como mi teoría de *que somos lo que parecemos*, es cierta. Empiezo: a Ud. le duran mucho los lápices.

—Es cierto.

—Usted. —mi interlocutor era oficinista por aquel entonces: fué oficinista siempre—. Usted cierra todos los días con llave su máquina de escribir.

—Es cierto.

—Ud. es económico, hasta parecer avaro, pero sin tener esta última calidad, a no ser que el egoísmo pueda considerarse como una forma de la avaricia, porque usted es egoísta.

—Es cierto.

—Usted es astuto, usted es honrado.

—...

—Ud., entre cien dólares problemáticos y diez seguros, elegirá siempre los diez seguros. Ud. no jugará nunca juegos de azar. Si la fortuna pasa un día al alcance de su mano no sabrá Ud. asirla por el único cabello que tiene. En cambio, usted lenta, pero seguramente se labrará una holgada y cómoda posición en la vida. Usted es uno de esos hombres que sirven de soportes al edificio social; uno de esos hombres en quienes la comunidad confía...

—...

—Sus hábitos de orden...

—...

—Amigo mío, en conclusión: Ud. es una cajita muy segura y muy bien hecha, a la que la sociedad puede confiar muchos tesoros. Ud. es un individuo útil, mi querido amigo Raúz.

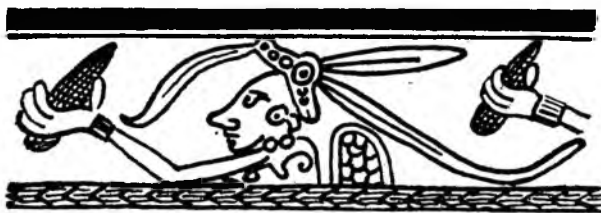
\* \* \*

Al terminar mi historia le dije a mi oyente, mi eterno oyente: —Ciro, amigo Ciro: Ya ve usted que esta mi historia no es dinámica: es estática. Por primera vez mi personaje no parte: se queda quieto y seguro en cualquier rincón del aposento: algo más: no me molesta; no siento la necesidad de hacerlo partir. No es una bestia: es un mueble.

Por lo demás, el profesor Cenobio habría encontrado el parecido animal de mi amigo Raúz. Y el animal de su semejanza también habría tenido los atributos de una cajita cuadrada.

De "El Señor Montot".





## FELIPE ESQUIPULA

por CARLOS WYLD OSPINA

Felipe Esquipulas muestra, en todas las cosas de su vida, una resignación jovial. Corpulento, cauteloso en el habla y en el andar de indio taimado, se le atribuyen en la hacienda conocimientos y prácticas de brujería. Conversando, a lo que es muy aficionado, arrastra su medio castellano con inflexiones risueñas, en frases a veces pintorescas, con ribetes de ironía que él está lejos de sospechar...

Cae la tarde. La tierra de boca-costa desperézase en una prodigiosa tonalidad de verde, azul y amarillo. Árboles, inmensos árboles, como los que se cantan en la comedia ingenua, describiendo el paisaje americano: "Bello país debe ser..." Maizales... cacaotales... Cafetos como barnizados, en trozos paralelos. Campos de pastos, tiernos como la mirada húmeda de los recentales que en ellos triscan y cocean, en juegos de niños. Todo verde. Todo prometedor, cargado de gérmenes, de bichos alados y rastreantes, de granos por reventar, de

ubres que manan, de aguas que corren y que deberían ser de miel o de leche para que se realizara, en el único ámbito del mundo digno de ello, la figura bíblica. Mugir en queja y en dulcedumbre maternal, de vacas gordas; bramar de toros sementales; y una algarabía extraña, disonante, de pájaros en que el iris se despedaza en gemas...

Bandadas de loros gritadores llegan a inquietar, desde las frondas cercanas a la casa de la hacienda, al loro doméstico, que les responde con vivaces y absurdas jerigonzas humanas. En la alberca del patio, bucean los patos, o nadan plácidos en el acueducto del "beneficio" de café. Los gallos clarinean por todas partes, como en una algarada, dispuestos a trabar pendencia con sus rivales, mientras las hembras se dejan abatir a cada punto por sus imperiosos dueños, distraídas un instante de su peremne gula. Las guacamayas se balancean en sus aros, con todas las luces del trópico en sus vestiduras regias, que recuerdan las cortes de los caciques...

Cae la tarde. El cielo tiende sedas cromáticas en que se arropan nubes y montañas. Hay tanto color que la mirada tambalea, borracha, tropezando con las tintas y los matices que ningún ojo imaginó antes ni reprodujo después...

Felipe Esquipulas platica, en el corredor, con el patrón. Hablan de los malos tiempos presentes. Para el indio, todo el daño se concreta y define en la falta de dinero contante y sonante. Pregunta:

—¿Cuándo va a venir el pisto, patrón?

Y lo dice como el israelista pudo interrogar, ha

siglos: ¿Cuándo vendrá el Mesías, oh profeta? El pisto es una entidad personal, definitiva, absoluta como un dios. Con pisto todo está bien.

El patrón, burlando, le hace recuerdos galantes a Felipe Esquipulas. Porque el vejancón siempre ha sido un tenorio. Cuando no ambula por la finca, roto, silencioso y cabizbajo, arruinado por una amante, se está gastando sus haberes con otra amante. Trabaja como una bestia, casi desnudo, con el azadón y el machete en los puños nudosos, por semanas enteras: logra ganar mucho pisto. Compra ganados, aves de corral, ropa nuevécita: vive en un buen rancho donde esconde, entre los nudos de un pañuelo a colores, sus ahorros, en pura plata. Luego, le pone la voluntad a alguna india de carnes incitadoras, y a poco, Felipe Esquipulas comienza a consumir su hacienda, a mano abierta, con la querida. No importa quien sea ella: casada o soltera, muchachuela remilgada o una de esas daifas campesinas que a nadie le dicen no; hembra fondona o mujer lista y lagotera, el amador incorregible la viste con lindos cortes, sólo de seda, rebozos y huipiles que provocan un parlotear de envidia y escándalo a través de la ranchería. La munificencia del varón sólo termina con el producto de la postrera res vendida. Y Felipe queda arruinado, sin un cobre en el bolsillo... pero conserva siempre su varonía, inextinguible en treinta años de donjuanismo, y su sonrisa campechana... Lo sabe él de anticipado: cuando ya no tiene nada entre las manos, lo dejan las mujeres. Y vuelta a empezar...

—¿Cuál fue la última, Felipe? lo interroga el patrón, con reticencia chungona.

—La María, la del rancho grande, patrón —declara el Sileno cobrizo, con risa de malicias.

—¿Y cuánto te costó?

—Seis novillos, patrón.

¡Seis novillos por medio año de amor! Cuenta Felipe: a los postres, ya la golosa, vestida de seda, no quería comer *chirmol* sino solamente chorizo y longaniza, a diario pasto. Se agotó el dinero. La dieta de la liviana, además de las ropas, afeites y caprichos, absorbió presto los haberes del amante. Y un día la frescona dijo a Felipe: —Ya me quitó mi gana por vos.— Y fuese... Pero el indio comenta complacido:

—Quedó buen recuerdo, patrón.

\* \* \* \*

Felipe Esquipulas tiene una antigua querida. Se aman a interregnos. Cuando el tenorio "carga" plata, le hace la rueda y ella se ablanda. Cuando ambula mísero, se aleja de la mujer. Este convenio tácito dura desde hace años y nunca dió origen a equívocos ni pesadumbres.

Felipe es amigo del marido de la Paulina, que así se llama la querida. Más bien se diría que es su asociado si no fuera porque los dos hombres se encariñan y se aborrecen, a intervalos, como dos brutos.

El marido se nombra Diego Simón. Es enjuto, patizambo, curvo de hombros, cuadrado como un górrila, viejo ya. A la inversa de Felipe, su pasión dominante es la avaricia. El y su mujer se ocupan

de vender sal en el mercado del pueblo, los domingos, y café caliente en los días de holgorio y fiesta popular. Durante el resto de la semana, trabajan en la hacienda, de la que son colonos. Con las ganancias del comercio accidental, Diego Simón bebe aguardiente y retorna chispo a la finca. Entonces le da por afrentar a Felipe Esquipulas; invítale luego a beber con él y concluye por desafiarlo. El viejo coyote, astuto, resbaladizo, se escurre de la pendencia, seguro de cuál ha de ser el término de la cosa. Su sonrisa confiada responde a las jactancias del odiador. Ya borrachos los dos hombres, Diego Simón se enternece y abraza al amigo. Gastan horas gritando fanfarronadas, como suelen hacer los machos humanos cuando se embriagan, para jurarse enseguida amistad, entre blandir de machetes y abrazos que son apretujones de muerte... Felipe Esquipulas se queda entonces, como huésped, por varios días, en el rancho de Diego Simón.

\* \* \* \*

Poco tiempo después de cada parranda, aparece preñada la mujer de Diego Simón. Este, por mañana y noche, le mira con torva atención el vientre. Diego Simón medita en algo, lo considera con calmosa lentitud.

La pareja devora su parco yantar en silencio. No se miran, salvo la lenta ojeada del macho al talle de su hembra. Van al trabajo cotidiano; tornan como siempre, uno detrás del otro, sin hablar. La Paulina trae, indiferente, el agua del manantial cercano, en el cántaro de barro; va a lavar la ropa; ca-

sera; no pide nada a la avaricia de su compañero; cuida la lumbre y se mueve con sabrosa languidez...

El vientre ha crecido. Ya es una poma monstruosa, un horrible tumor que amenaza romper la piel que lo encierra y hacerla estallar de repente, como el pellejo de un tambor demasiado tenso.

Una de tantas noches, Diego Simón avanza silencioso, extendidos los brazos de gorila hacia el fruto hinchado de la fecundidad. Ni siquiera ve a los ojos pavoridos de la mujer que le rehuye, cubriéndose el regazo con las manos en cruz, temblequeante. Suena un solo grito: Diego Simón derriba a su hembra de una brutal zancadilla, le oprime la boca con su manaza abierta, la sujeta de muñecas con la otra; y, espaldas en tierra la cuitada, súbesele sobre el vientre y lo vacía a la presión prolongada, implacable, de sus rodillas y de sus pies curvos, peludos, con uñas negras y retorcidas como las de un animal...

Hace ya varios años que se repite el episodio, sin que nada se altere en la vida familiar: ni muere la Paulina ni logra salvar crío... y los dos amigos se emborrachan cada vez que Simón desafía a Esquipulas, como preludio de una semana de existencia en común.

Felipe Esquipulas ríe cuando el patrón le pregunta si ya la Paulina volvió a abortar.

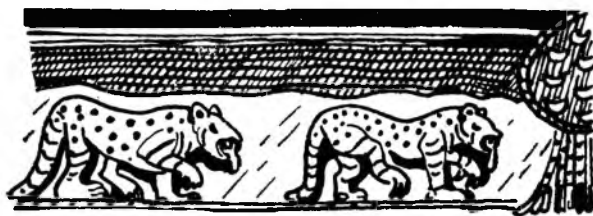
—Ya, patrón, abortó por la luna tierna... ji... ji...

—¿Y por qué hace esa barbaridad el Diego Simón?

—Sólo él lo sabe, patrón, sólo él lo sabe...  
—Y los cuatro pelos de su bigote de gato pajarero  
tiemblan con el ji ji dichoso del "buen recuerdo"  
que siempre dejó, para él, la aventura eterna y pa-  
sajera...

*De La Tierra de las Nahuyacas.*





## LA DEUDA

por FLAVIO HERRERA

No aparecía la Nena con la comida y el mayordomo, desde la puerta del rancho, de cara al poniente, con la mano de flanco en el entrecejo hacíase tapasol para otear el camino que se perdía ondulando entre el ramaje tranquilo.

Se había serenado el cielo. Era la tarde; una tarde de esas dulces y frescas que pasan como una sonrisa por el gesto adusto del invierno. Un gran sosiego ahondaba el misterio y la tristeza que bajan a los bosques en el atarceder. Lloraban cencerros perdidos en la montaña y de repente vibraba el ruido seco y perezoso de algún tiro lejano... Pasaban nubes blancas y veloces como parvas de palomas en fuga y a veces, nubes de palomas bajaban a beber en el río y, al sol, las plumas relucían tanto como si fueran de plata.

Púsose el mayordomo la escopeta al hombro; pero al echarse al camino en busca de la hija, divisó las sayas de la moza albeando tras el ramaje. Mientras colgaba el arma contra el muro, los pasos de la muchacha resonaron a la puerta. En-



tonces con voz áspera gruñó el mayordomo:

—¿Por qué has venido tarde...?

Le respondió un sollozo; volvióse el viejo y ante el aspecto de la Nena el asombro y la ira le transfiguraron el rostro. La Nena estaba desgredada y lívida. Fragmentos de hojarasca brillábanle prendidos de la melena leonina. Ante el padre temblaba con ese temblor irreprimible que pone en la carne el miedo; a menudo, de los ojos desorbitados y errantes le rodaba una lágrima hasta los labios donde una cárdena huella recordaba algún beso furioso. En la albura de la falda relucían menudas manchas de sangre como rosas de pecado y, una rasgadura del flanco descubría la cadera bizarra y morena...

El viejo adivinó algo doloroso. Había asido a la Nena por los cabellos y la injuriaba: ¡Puerca...! ha sido Antón ¿verdad?... Vas a confesar... Ha sido Antón, el que guarda el ganado del Alcalde... te han visto con él en el camino del pueblo...

—¡Padre! Estaba escondido en los matorrales... Al pasar se me echó encima como un tigre... tenía una daga... me quería matar... traigo herida la garganta...

Y entre sollozos, alzaba el cuello gentil y empurpurado, con la gracia de algunas aves cuando beben en los arroyos...

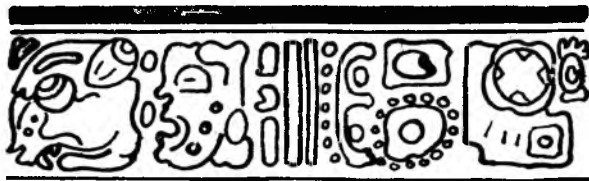
Calló el viejo y de pronto, implacable y sangriento como esos padres que asoman en algunas leyendas patriarcales, asió a la moza con una mano, desnudando con la otra el puñal del cinto, a punto que en los ojos ardía una chispa de an-

cestral ferocidad; pero la mano de Inés detuvo el golpe. Era la madre de la Nena... Le avisara Rufino, el vaquerito, que vió a la moza luchando con Antón entre los jarales. Inés llevaba la actitud exasperada y terrible de las fieras a las que han herido el cachorro... Con la barbata trémula y los ojos estáticos, se interponía entre el padre y la hija y, a veces, recibía en los brazos desnudos un rasguño del puñal que, entre el tumulto de los cuerpos, buscaba el corazón de la Nena... Súbito, brilló un recuerdo en la memoria de la madre. Se irguió fiera y sublime; cogió al mayordomo por los cabellos para encararse y mirándole a las pupilas le gritó: ¡Acuérdese, Juan, acuérdesese... También Ud. tenía una daga aquella noche... hace veinte años... detrás de la troj... cuando yo volvía del pueblo... acuérdesese... me quería matar... tenía una daga... era esta misma daga...!

Hízose en el grupo un silencio tan hondo que se oían volar los insectos.

No sé lo que el mayordomo vió asomar a los ojos de su mujer; pero bajó los párpados y dos hilos de lágrimas rodaron por sus mejillas enjutas mojándole la barba — gris y fiera barba de sátiro viejo—. Su mano soltó la daga que se clavó cimbreándose en el suelo... Y durante mucho tiempo, en aquel grupo trágico, sólo resonaban los gemidos convulsos de la Nena, alternando con el sollozo de una esquila que se alejaba, entre el rebano de Antón, bajo la tibia dulzura de la puerta...

De *La Lente Opaca*.



## EL HORMIGUERO

por ARQUELES VELA

Cuando el padre de Juan no trabajaba, entonces, los vecinos de la ranchería tuvieron en gran estimación a la familia de Juan, que vivía en la choza de enfrente. La familia se componía de Juan, su padre y su hermana. A veces se descomponía y quedaban solos Juan y su hermana; y a veces, Juan y su padre.

La hamaca, tendida de un extremo a otro de los mangles que proyectaban una sombra anchurosa, era el refugio de su padre: su gabinete de lectura, su dormitorio, su comedor, su lugar de trabajo. Cuando se sentía agobiado por las penas diarias, se iba a la hamaca para protestar, así, tendido, contra el destino. Cuando el destino había sido menos adverso y el padre de Juan había sacado algunos centavos más en la raya—donados a los peones como *pilón*, con motivo del santo de la *patrona*—entonces, el padre de Juan se hacía de una botella de aguardiente en la *Tienda de Raya* y se tendía en la hamaca para celebrar sus penas pasadas.

En los días neblinosos así como en los días nublados, el padre de Juan se levantaba muy temprano para tenderse en la hamaca y predecir, así, el tiempo que consideraba necesariamente perdido.

Mientras el padre de Juan pudo llevar y traer esa vida en la Hacienda, gracias a que pertenecía a un pariente cercano, no faltó nunca el haber de la choza: una ración de frijol, otra de maíz, otra de café; una escudilla de azúcar, el agua clara del río y una botella de comiteco; el tiempo estricto para comer y la siesta reglamentaria.

La vida era fácil: el único trabajo consistía en esperar que se desgajaran las ramas cundidas de los cafetales, de los plataneros y que al impulso del viento fuerte, prodigaran el alimento común.

Después de muchos años de reflexionar de un pensamiento a otro, en el lento vaivén de la hamaca que le llevaba en el paisaje límpido, del tono azul del cielo al verde penetrante de la floresta, el padre de Juan decidió trabajar más activamente. Ya había meditado el tiempo suficiente en las razones que diría a la patrona para convencerla.

Durante meses y meses regresaba de la entrevista con la patrona y se tendía en la hamaca, desesperado de convencerla tan sólo a medias.

—Si no son de peso estas razones...—se decía, en sus soliloquios—mañana pensaré otras; y al día siguiente, otras; y luego, otras, hasta encontrar las más convincentes...

Amanecía la mañana del día siguiente, húmedo y cálido; llegaba la noche temblorosa y zalame-  
ra como las muchachas, después del mediodía so-

focante; y la elocuencia conseguida en largas estancias de vigilia, resultaba inútil.

La patrona le respondía:

—Un hombre de tu talla... trabajar, como los demás... No. Imposible...

—Qué desgracia para la familia... Piensa en el porvenir de tus hijos...

—El porvenir de mis hijos... El presente...

—se argumentó a sí mismo, un día, el padre de Juan; y se fué al campo sin hacer caso de lo que dijera la patrona.

Desde entonces, todos los días, salía de buena mañana y regresaba a la oración, con varias cargas de leña que iba a vender al pueblo.

Cuando Juan cumplió 9 años acompañó a su padre y ambos ganaban su vida y la de su hermana, de leñadores.

La patrona no permitió que el padre de Juan y Juan, trabajaran sin recibir el merecido castigo; y les obligó a ceder una parte de la leña que hacían y traían del bosque, destinándola al abastecimiento del fuego de las calderas del trapiche.

—Puesto que ya trabajas—dijo la patrona—te suprimiré el frijol, el maíz, el azúcar que te daba por llevarme las cuentas. Y tendrás que pagar una renta por la choza que ocupas...

La familia de Juan comenzó a carecer de lo indispensable. Muy pronto tuvieron que solicitar el crédito que la patrona concedía a todos los peones en la Tienda de Raya, a cambio de su trabajo.

En el contrato de rigor se estipulaba que todo trabajador enganchado en las susodichas condicio-

nes, se comprometía a asegurar la continuidad del contrato, en caso de muerte, con las prestaciones personales de sus familiares más cercanos, hasta la quinta generación. Así, al morir el padre de Juan, su hermana fué forzada a ocupar el lugar de su padre, en el corte y transporte de la leña; y ambos heredaron el compromiso de trabajar sin salario, hasta cumplir con la liquidación de la deuda adquirida.

Como la tarea de leñadores no era suficiente para cubrir el monto del enganche, Juan y su hermana se alistaron en las cuadrillas nocturnas de pizcadores. Desde entonces laboraron de sol a luna, entre la nostalgia de las canciones y la soledad de los campos.

Con el nuevo horario impuesto por el Nuevo Orden, la patrona aumentó su mercancía. Pero entre más la mercaban, en la ciudad, más necesitaba producir en el campo y más exigía a sus peones.

Y de todos, a quien más exigía era a Juan.

—Este mes...—le decía— aportarás todos los días cuatro cargas de leña, en vez de tres... Cuatro canastos de café pizcado, en vez de dos... Juan y su hermana se levantaban un poco más temprano para poder cumplir con el mandato.

De retorno, se dirigían a los cafetales, para la pizca nocturna.

Cada mes aumentaba, diariamente, la cantidad de trabajo que debían desempeñar. Día y noche laboraban para cumplir. Pero entre más cumplían, más se les exigía.

No obstante que Juan y su hermana se hacían

cada día de más tiempo, durmiendo menos; y de más fuerzas, resistiendo más, la patrona se mostraba siempre descontenta, de sol a luna.

—¡Juan! Hoy suministrarás 20 cargas de leña...

—¡Juan! Hoy suministrarás 80 cargas de leña...

—¡Juan! Hoy suministrarás 80 cargas de leña...

—¡Juan! Hoy suministrarás el bosque entero, convertido en leña...

Juan contempló por primera vez el bosque, largo tiempo. Una maleza tupida sin horizonte. En sus espesuras llenas de sombra y soledosas, apenas penetraba un indicio claro de la tierra ardiente. En los tiempos más caniculares permanecía tan sombrío y húmedo, como en los tiempos lluviosos. Las hojas muertas, los ramajes secos, la tierra, se movían subterráneamente, ajetreado todo por una fuerza que Juan desconocía y le llenaba de continuos sobresaltos.

Siguiendo la inmensidad del bosque que se perdía en su pensamiento y se convertía en un rasgo de paisaje, en sus ojos, Juan pensó, desolado:

—Yo sólo... No podré...

Después de cavilar mucho tiempo, despojó sus hombros del morral y levantó la mano derecha que sostenía el machete; se dió impulso y luego lo dejó caer sobre la tierra en su dureza, hasta la mitad de la hoja...

Al abrir la tierra oscura, el acero quedó temblando unos segundos para permanecer, erguido y

firme, después. Juan llenó su pensamiento del reflejo filoso... Se sentó sobre el tronco, guardando en sus miradas el brillo de la hoja y sus ojos recorrieron el camino perdido de regreso, sin intenciones de desandarlo.

Miraba en torno sin precisar nada. Siguió la caída de una hoja sacudida y arrebatada por el viento; una hormiga que luchaba haciendo esfuerzos por transportar una carga tres veces más grande que ella misma—hormiguita arriera—que iba y venía doblegada por el peso enorme. Sujetaba la carga de una manera y el peso la arrastraba; ensayaba de otro modo y rodaba por sobre los pequeños pedruzcos, en una avalancha desmoronada de tierra. Después de una voltereta volvía de nuevo a tirar hacia adelante, acusando sus antenas. La carga quedó inmóvil. Quiso empujarla, apoyándose desesperadamente en sus patas traseras. Toda tentativa de transportarla resultaba inútil. Sin embargo, los esfuerzos de la hormiga se acrecentaban a cada nuevo fracaso. Yendo y viniendo en una incesante actividad, los minutos transcurrían sin que la hormiga desfalleciera en su empresa.

Luchando aún por conseguir sus propósitos incommensurables, la encontró otra hormiga, desviada también del camino real. Se acercó ésta, juntó su cabeza a la de su compañera y permanecieron un instante como en secreto. Luego, las dos intentaron transportar la carga. El esfuerzo de ambas era todavía inútil. Entonces una de ellas se apartó, siguió por el minúsculo camino y se perdió por



entre las hojas secas y las arenillas rojas que señalaban la ruta hacia el bosque.

Juan contempló aún, algún tiempo, a la hormiga que se le alejaba; y luego, a la otra que persistía en su labor rodando juntamente con la carga.

Juan permaneció en el bosque sin contar las noches y los días; sin discernir en la densa oscuridad de la floresta, si el tiempo pasaba antes o después de la caída del sol.

Allá permaneció un tiempo sin estaciones, sin lunas, sin estrellas. En ese lapso oscuro y lleno de soledad, creció y se endureció su cuerpo. Al cabo del tiempo... Ya al filo de la época... Juan percibió un ruido que venía de lejos... Un ruido tumultuoso... El ruido ensordecedor de una multitud de hormigas que se acercaban en montón, negreando el camino en cordones interminables.

Al llegar al crucero en donde la hormiga arriera luchaba, sola, agotando sus fuerzas sin lograr sus propósitos inconmensurables, la multitud de hormigas se dividió en escuadrones, desplegados: aquí y allá, repartidos e internados por entre el bosque.

Muy pronto, los cordones de hormigas comenzaron a trepar por los árboles hasta alcanzar las frondas. A su paso y al recorrer los ramajes de la floresta, las hojas se iban desprendiendo de los tallos y caían bamboleadas por el viento. En un hacerse cruces, los ramajes quedaron escuetos y el suelo cubierto de hojas, como si los otoños que no habían llegado aún, acudieran de pronto, arrasándolo.

El sol penetró al fin y Juan contempló las arboledas que hacían las hormigas, creando el paisaje de la región.

De pronto también, el paisaje que daba a la ciudad se fué desgajando y los árboles se convirtieron en una débil ramazón.

Al atardecer, el bosque era un campo cubierto de troncos; al anochecer, de haces de leña que las hormigas comenzaron a transportar, tumultuosamente.

Mientras unas hormigas seguían cortando los troncos y otras hacían los haces de leña; otras los transportaban y otras seguían saliendo del hormiguero.

Al rayar el día, la devastación de la selva había concluído.

El paisaje era un hacinamiento de troncos sobre un montón de hojas secas, la arboleda, hecha pilas de leña estibadas frente a la casa de la patrona, comenzó a quemarse.

Juan sintió que hasta el tronco que le servía de asiento comenzaba a ser transportado por las hormigas. Al principio se deslizaba lentamente. Luego, en lo sucesivo, iba adquiriendo una velocidad progresiva, elevándose poco a poco del suelo, al parecer, impulsado por una fuerza semejante a la corriente del río, que se utilizaba como medio de transporte en la época del corte de madera.

Desde lejos, en su viaje, Juan veía cómo las hormigas iban y venían, colocando en forma de muralla las arenitas que extraían de la tierra, al

cavarla; y cómo iban surgiendo en borbollones arrolladores.

Las hormigas invadieron la casa y comenzaron a roer las vigas que sostenían el techo; los pilares que sostenían los arcos de los portales; los muebles de las habitaciones. La casa comenzó a desplomarse paulatinamente, mientras la patrona iba y venía haciéndose cruces.

Las gentes corrían despavoridas, huyendo, y buscando refugio en las chozas.

—No corran...— Decía la Patrona.—...nadie puede tirar esta casa... La casa de mis antepasados... Generaciones y generaciones han muerto y ella ha resistido... Yo moriré también... Mis hijos, mis nietos morirán y la casa quedará...

Pero las hormigas comenzaron a negrear las paredes con su sombra rojiza; y los altos muros espesos, a desmoronarse en un torrente de arenas trémulas.

Juan vislumbró a lo lejos la antigua selva que se iba convirtiendo en un desierto preciso y limitado, invadida por la corriente de arenales; y recorrió las ruinas del dominio de la Patrona, bajo cuyas soledades se levantaba el mundo de las hormigas.

*De Cuentos del Día y de la Noche.*





## EL HOMBRE DE LOS BASTONES

por CARLOS SAMAYOA ÁGUILAR

Antonio Madera habría sido un sujeto normal en lo absoluto, sin aquella desmedida afición por los bastones. En la ciudad se le llamaba "el hombre de los cien bastones" y en realidad eran más de cien los bastones que componían su maravillosa colección. Una fuerza desconocida lo llevaba insensiblemente a las vitrinas en que se exhibían los bastones más originales. Desde allí los observaba con detenimiento, los acariciaba con la mirada, trataba de adivinar su peso, su flexibilidad y su elegancia. Después entraba como una tromba en el establecimiento:

—Deme aquel bastón!

Los comerciantes conocían ya su lado flaco y apresurábanse a servirle. Madera los tomaba con gesto apasionado; les sonreía como a personas vivientes; comparábalos con el último que había comprado la víspera y satisfecho de su nueva ad-

quisición, pagaba el importe y ordenaba que se los llevaran a su casa: uno, dos, tres, cinco bastones....

Su casa parecía una selva. De todos los rincones, junto a todos los muebles en toda las habitaciones, aparecían los bastones como una flor escencia fantástica.

Cuál parecía una serpiente de recio bejuco, a la orilla luminosa del espejo; cuál otro, con su mango de cuerno, embestía desde una esquina a un enemigo imaginario. Este exhibía su bola de marfil, calva como un mandarín chino. Aquel abría sus pequeñas fauces de lagarto en espera de una mosca suicida. Era, en realidad, un mundo de bastones cosmopolitas, entre los cuales se paseaba Madera, como el capitán de un ejército silencioso. Tenía un criado especial para atenderlos. Les cuidaba con mimos maternos. Le acompañaban en la calle por riguroso turno. Su pasión degeneraba en delirio.

Pero un día...

El diablo ha de meter la cola en todas partes. Madera regresaba satisfecho de haber comprado un bastón muy original y muy antiguo. De pronto en una esquina, llamó su atención un objeto que se encontraba por el suelo. Se acercó a recogerlo y vio que era una magnífica sombrilla. La tomó entre sus manos y la observó por algunos instantes tratando de adivinar su procedencia, para devolverla. Después cargó con ella hacia su casa, convencido de que al día siguiente habría de publicar un anuncio en los periódicos.

La sombrilla fue llevada por el ayudante de Madera al recibimiento. Después "el hombre de los cien bastones" se olvidó del hallazgo y llegada la media noche se retiró a su alcoba.

Media hora más tarde, uno de los bastones se acercó a la sombrilla y le confesó en voz baja que la amaba. La sombrilla no contestó. Presto fueron llegando bastones de todas partes de la casa. Caminaban de puntillas y no se atrevían a hacer ruido. Luego se disputaron la posesión de aquella muchacha. Fue imposible llegar a un acuerdo. La disputa se convirtió en tragedia. Muchos de los bastones resultaron heridos. Otros gritaban pidiendo auxilio. El escándalo era espantoso. Madera despertó sobresaltado y corrió al recibimiento armado de una pistola. Los bastones fuera de sí, imaginando que llegaba a quitarles su presa, la emprendieron a golpes contra el dueño. Fue una lluvia de palos terribles. Madera rodó por tierra medio muerto.

Al día siguiente, desde su lecho, dirigió la operación de incinerar a todos los bastones, condenados a la hoguera por levantamiento.

*De Lo que no sucedió.*





## EL HERMANO PEDRO

por MIGUEL ÁNGEL ÁSTURIAS

En Antigua, la segunda ciudad de los Conquistadores, de horizonte limpio y viejo vestido colonial, el espíritu religioso entristece el paisaje. En esta ciudad de iglesias se siente una gran necesidad de reír. Alguna puerta se abre dando paso al señor obispo que viene seguido del señor alcalde. Se habla a media voz. Se ve con los párpados caídos. La visión de la vida a través de los ojos entreabiertos es clásica en las ciudades conventuales. Calles de huertos. Arquerías. Patios solariegos donde hacen labor las fuentes claras. Grave metal de las campanas. ¡Ojalá se conserve esta ciudad antigua bajo la cruz católica y la guarda fiel de sus volcanes! Luego, fiestas reales celebradas en geniales días, y festivas pompas. Las señoras, en sillas de altos espaldares, se dejan saludar por caballeros de bigote petulante y traje de negro y plata. Esta une al pie breve la mirada languida. Aquella tiene los cabellos de seda. Un per-

fume desmaya el aliento de la que ahora conversa con un señor de la Audiencia. La noche penetra... penetra... El obispo se retira, seguido de los bedeles. El tesorero, gentilhombre y caballero de la orden de Montesa, relata la historia de los linajes. De los veladores de vidrio cae la luz de las candelas entumecida y eclesiástica. La música es suave, bullente, y la danza triste a compás de tres por cuatro. A intervalos se oye la voz del tesorero que comenta el tratamiento de "Muy ilustre Señor" concedido al conde de la Gomera, capitán general del Reino, y el eco de dos relojes viejos que cuentan el tiempo sin equivocarse. La noche penetra... penetra... El Cuco de los Sueños va hilando los cuentos.

Estamos en el templo de San Francisco. Se alcanza a ver la reja que cierra el altar de la Virgen de Loreto, los pavimentos de azulejos de Génova, las colgaduras de Damasco, los tafetanes de granada y los terciopelos carmesí y de brocado. ¡Silencio! Aquí se han podrido más de tres obispos y las ratas arrastran malos pensamientos. Por las altas ventanas entra furtivamente el oro de la luna. Media luz. Las candelas sin llamas y la Virgen sin ojos en la sombra.

Una mujer llora delante de la Virgen. Su sollozo en un hilo va cortando el silencio.

El hermano Pedro de Bethancourt viene a orar después de media noche: dió pan a los hambrientos, asilo a los huérfanos y alivio a los enfermos. Su paso es imperceptible: anda como vuela una paloma.



Imperceptiblemente se acerca a la mujer que llora, le pregunta qué penas la aquejan, sin reparar en que es la sombra de una mujer inconsolable, y la oye decir:

—¡Lloro porque perdí a un hombre que amaba mucho; no era mi esposo, pero le amaba mucho!.. ¡Perdón, hermano, esto es pecado!

El religioso levantó los ojos para buscar los ojos de la Virgen, y... ¡qué raro!, había crecido y estaba más fuerte. De improviso sintió caer sobre sus hombros la capa aventurera, la espada ceñida a su cintura, la bota a su pierna, la espuela a su talón, la pluma a su sombrero. Y comprendiéndolo todo, porque era santo, sin decir palabra inclinóse ante la dama que seguía llorando..

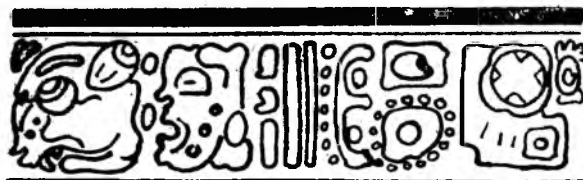
¿Don Rodrigo?

Con el tino del loco que se propone atrapar su propia sombra, ella se puso en pie, recogió la cola de su traje, y llegóse a él y le cubrió de besos. ¡Era el mismo Don Rodrigo!... ¡Era el mismo Don Rodrigo!...

Dos sombras felices salen de la iglesia—amada y amante—y se pierden en la noche por las calles de la ciudad, torcidas como las costillas del infierno.

Y a la mañana que sigue cuéntase que el hermano Pedro estaba en la capilla profundamente dormido, más cerca que nunca de los brazos de Nuestra Señora.

*De Leyendas de Guatemala.*



## LOS REVOLUCIONARIOS

por CARLOS SAMAYOA CHINCHILLA

—¡Sargento Chigüichón...! —gritó el coronel Roldán, a lomos ya de su macho prieto, mientras se envolvía el cuello con un sucio ponchito de Mostenango.—¿No han llegado todavía los muchachos que el cabo Berganza fué a buscar al pueblo de las Gávias?

—No, mi coronel—respondió cuadrándose desgarbadamente el aludido, un mulato de pelo acolchado y ojos malignos, a quien sólo se le podía distinguir en su categoría, del resto de la tropa, por las dos estrechas tiras de lana roja y negra que ornaban las bocamangas de su chaqueta de imitación.

A distancia, monte adentro, comenzaron a sonar algunos disparos de fusil que vibraban tónicos y profundos en el sereno ambiente de las montañas.

El sol principiaba a calentar y el aire suave

de la mañana sacudía el aroma agreste de los huatales en flor.

Desde hacía varios días, los guerrilleros eran batidos por las fuerzas del gobierno, y la noche anterior, la pequeña fuerza había sido atacada por sorpresa, cuando trataba de registrar unos ranchos, a la salida de la única calle de un pueblecito, donde a pesar de su desesperada resistencia, fué desalojada, dejando algunos muertos y heridos a lo largo de los cercos, que a esa hora se dibujaban como murallas, en el fondo de la noche sin luna.

Por esta y otras razones menos explicables, el coronel Roldán, "Tipache", como le llamaban por lo bajo sus hombres, se sentía al principio de uno de aquellos sus malos días. Montado sobre su macho "Clarinero", casi desde el alba, después de una mala noche de continuas alertas, pasada entre el monte, sin fuego y sin abrigo; porque las cobijas y el aguardiente habían llegado hasta muy tarde, parecía intranquilo y nervioso por la tardanza de esos voluntarios que su gente había ido a buscar a las Gávias, por las buenas o por las malas; mientras el resto de sus soldados bebía café y comía totoposte, comentando la escaramuza de la noche anterior, y sacudiendo sus sombreros de palma alrededor de los fogones, para evitar que las columnas de humo delataran su presencia.

¿Por dónde diablos andaban ahora las tropas gobiernistas? ¿Quién disparaba en la rejoya de enfrente? Nadie hubiera podido decirlo entre el grupo, ni aún el propio coronel que, bastante in-

quieto volvía continuamente la cabeza quemada por el sol y el viento, como si ella hubiera sido modelada con prieta cera del talneta, para interrogar al paisaje o la faz de sus hombres; con aquellos sus ojos que brillaban recelosos sobre las dos manchas verdes de sus pómulos de indio.

—¿Pero, qué hacen esos atarantados que no vienen?—decía el sargento.—Pásemę otro trago de esa condenada olla y ordene a un hombre listo que suba a un palo alto, a ver quien tira.

Al viejo le entraba la *negra*, o como decían sus soldados, estaba en su mala luna.

Sus hombres que lo conocían, se apresuraban a la faena, evitando la mirada del jefe, precursora, cuando los vientos secos soplaban del Norte, de terribles arrebatos que dejaban al viejo insurgente desmadejado y sin voluntad, durante muchas horas.

—¿No se mira nada...?

Y ya se decidía a descender de su montura, cuando uno de sus soldados apareció de pronto, tras un matocho y dando el silbido de consigna, anunció la llegada de cinco hombres escoltados, delante de los cuales marchaba un viejecillo de parda jerga, y a quien sin duda se le había obligado a descender de su cabalgadura, para hacerlo llegar en compañía de los *voluntarios*, hasta la cumbre donde la partida terminaba sus preparativos de marcha.

El viejo coronel, ensombrecido súbitamente por aquella aparición y ya exasperado por la tardanza que ponía en peligro su retirada, de impaciente

que estaba se tornó en furioso. Las manchas verdes de los pómulos se acentuaron, el brillo de los pequeños ojos se hizo más intenso, y una extraña sonrisa pasó por sus labios, bajo el temblor de los ralos e iracundos bigotes.

Era *la mala, la negra*, que llegaba. Aquella sombría exasperación que desde joven había azotado su vida de hombre rudo y casi salvaje, induciéndolo a dejar su hogar, muy joven, después de un homicidio.

De lo más profundo de su propio ser, la sentía alzarse de pronto como una fiera echada a la que se hostiga sin razón y por la que sus hombres le temían como a un demonio.

Era ella, la que la noche anterior había llegado arrastrándose, hasta las inmediaciones de su poncho, para poseer a su hombre, con la cautela de la serpiente en brama.

—¿Y usted a qué viene aquí?—dijo, haciendo adelantar algunos pasos a su macho que, con las orejas enhiestas, se resistía, el ojo avizor, sobre los recién llegados.

—Lo que yo necesito son hombres.

El anciano vestido de jerga, una especie de patriarca de cabellera blanca y casi sin dientes, sorprendido, quiso explicar:

—Mi coronel, estos muchachos que aquí le traigo, son como mis hijos; y por más que los hombres que fueron a las Gávias, digan lo contrario, ellos vienen por su propia voluntad al servicio. Sobre todo éste—añadía, apoyando su arrugada mano sobre el hombre de un fornido mocetón—yo

los he visto crecer a todos y les he enseñado las primeras letras, porque soy el maestro del pueblo. Quise traerlos yo mismo para recomendárselos, porque sé que la causa es justa y que la patria sufre con la tiranía...

—Bueno—interrumpió Tipache impaciente—todas esas son babosadas de viejo. ¿A mí qué me cuenta usted, compadre? A ver, sargento Chigüichón, reparta luego las armas y los petates de los difuntos, entre estos nuevos, y camine de aprisa que no estoy para muchas loas y relaciones.

Después de haber efectuado la distribución bajo la azulada sombra de un árbol de tempisque, de cuyas ramas colgaban las chamarras y los tecomates de los desaparecidos; el cañón de una cuache vizcaína brillaba al sol; y mientras tanto, el viejecito seguía diciendo:

—Yo sé que usted, coronel, es hombre bueno y que la revolución encabezada por el general Andrade...

Impaciente, Tipache, tuvo una idea diabólica...

—A ver, muchachos—ordenó: Crúcenme al viejo hablador también y delen esa escopeta cuache que sobra; vamos a ver si en el fuego es tan buen perico que no se arruga ni se destiñe.

El sargento con una sonrisa maligna, trató de obedecer la orden, empujando al anciano; pero uno de los muchachos recién llegados se interpuso diciendo:

—Ansina no, amigo; el señor Chano vino sólo para acompañarnos, pero no se queda, porque pa-

ra eso venimos nosotros, aunque sea casi por la fuerza.

La cólera irrazonada de aquellos días tremendos en que *la negra* lo visitaba, encendió el rostro del coronel como una llamarada.

—A ver—balbuceó—a ver...

Y haciendo barajustar a su macho, lo metió a fuerza de espuela entre los hombres que se debatían furiosamente, tirándose de las mangas de las chaquetas. De pronto, todos se apartaron y el enfurecido guerrillero se encontró frente al mocetón, quien agarrando instintivamente a la bestia por una de las patas del freno la contuvo con un empujón; al mismo tiempo que desenvainaba una daga de mango de cuerno.

—¡A sí...! Bueno—gritó Tipache, ebrio de rabia—¡miren qué sinvergüenza traidor!, péguenmelo contra el palo, pero inmediatamente.

Una riata, cuatro tiros y un poco de humo. Eso fué todo.

Bajo la serenidad augusta del cielo de la patria, allá muy alto, una bandada de zopilotes volaba describiendo círculos concéntricos, sobre el panorama resplandeciente del sol, y mientras tanto, el anciano maestro del pueblo, con los tristes ojos llenos de sombra, contemplaba al hombre muerto y a la partida que, bajo las órdenes del sargento, levantaba a toda prisa el campo, impresionada por la súbita ferocidad de un jefe, que ahora iba sobre el Clarinero, como un sonámbulo, porque a la vista de la sangre, *la negra* lo abandonaba siempre.

Y la historia, nuestra pequeña historia, iba tras

ellos ardilosa y sometida como una vivandera, para asegurar más tarde que aquel caudillo había sido siempre un valiente defensor de la libertad.

A distancia, monte adentro, comenzaron a sonar algunos disparos de fusil que vibraban tónicos y profundos en el sereno ambiente de las montañas, y el aire suave de la mañana sacudía el aroma agreste de los huatales en flor.

De "Mañre Milpa".







## ROSALINDA

por ROSENDO SANTA CRUZ

En medio del cielo el sol —como flor enorme— deshoja sus pétalos de oro. El calor eriza sus agujas sobre la tierra dura y morena... Y el hilo del camino es largo, como una cuchillada vieja.

—Pidamos en aquella casa un sorbo de agua, —dijeme mi compañero, mi buen amigo Gerardo Osorio.

—¡Por favor, un trago de agua para dos caminantes que mueren de sed!

En la puerta que tiene gesto huraño, se destaca la figura de una mujer de rostro triste y doloroso, como de clavel marchito. A sus lados dos chiquillos, sucios y pálidos, se prenden a su falda con sus manitas de fruta tierna...

Se siente, se ve, la miseria trepar por las paredes y las piernas y las manos, como moho.

—¿No gustan sentarse, los señores...?

La voz se arrastra humilde, delgada. Acerca los vasos con sus manos que parecen dos espigas secas... La mujer —de pronto— indaga a mi ami-

go con mirada de estupor antiguo desde el fondo de sus ojos que son claros y limpios como dos pocitos de agua...

Gerardo se turba; su rostro sufre súbito trastorno...

—¡Tú Rosa...lina, murmura.

La mujer afirma con un movimiento de cabeza, que resplandece entonces con la luz de los recuerdos lejanos que emergen así, con decisión de yemitas de hierba nueva... ..

—Cuenta, Gerardo, ¿qué ha pasado?

—Ya has oído, se llama Rosalina. Yo antes, cuando era niño, la llamaba Rosalinda... Su rostro de jovencuela era lozano y alegre como flor silvestre.. ¡Tenía risa de cencerro matinal y dientes blancos de paterna madura...! Hermosa como cáñido atardecer de abril o como ternerita gorda... Así era. Mis nueve años la querían con indefinidas ansias... Sí, mis nueve años en acecho como cachorros de león que apenas presintieran la fuerza de la zarpa... Era buena como la flor, el pájaro o el maíz blanco. Yo la llamaba, voluntarioso y mimado:

—¡Rosalinda, mi leche tibia! ¡Rosalinda, mis zapatos blancos! ¡Rosalinda! Rosa... linda...

Llegaba presurosa, siempre florecida en sonrisas de granado en flor. A veces —¡muchas veces!— me apretaba entre sus rollizos brazos de aldeana y podía entonces, pegadas mis narices a las prominencias duras del pecho, sorber su olor extraño.

Otras veces corríamos por el campo, en el mes cuando a la orilla de las veredas caen las gotas de sangre de las flores de mayo y en los vallados se inicia la fiesta azul de los quiebracajetes...

Ella corría dejando oír la música alada de su falda y la risa de su juventud jocunda, prendida a la boca como listón de colores. Yo, tras ella rogaba:

—¡Cárgame, Rosalinda! Mis brazos se prendían a su cuello y mis piernas se trenzaban a su cintura; así seguía corriendo dejándome sentir en mis pantorrillas el vaivén de sus caderas...

—¡Aquí hay guayabas, Rosalinda...!

Trepaba, ágil, por el tronco liso y cortaba las frutas dulces y suaves, que yo iba recogiendo abajo...

—¡Más arriba, Rosalinda..., en aquella rama! Y subía más aún; entonces la falda descuidada le desnudaba los muslos...

Una mañana grité en vano a Rosalinda para que llegara a mi cuarto. No llegó. Se había ido. Sentí una punzante tristeza y esa mañana y otras muchas hicieron falta sus manos acariciando mi cuerpo de chico, bajo los cobertores...

—Mamá, ¿qué se hizo Rosalinda?

—¡Calla, basta de preguntas necias...!

Y desde entonces no se volvió a hablar de ella...

... ..  
—Lo ves —concluyó Gerardo, con la voz quebrada— es hasta hoy que aquella ansiosa pregunta de niño tiene su respuesta...



## Confidencia que le Hizo un Indio Bolo a otro Indio

por FRANCISCO BARNOYA GALVEZ

Tras unos cuantos "coroneles" que nos tomamos a la hora del aperitivo en el Palace Hotel, tripulando el auto de mi amigo Recaredo Palma, salimos, él, otros amigos y yo, de la Nueva Guatemala de la Asunción, con destino al lago Amatitlán, una calurosa mañana del estío de mil novecientos veintuno.

Cuando íbamos por la Majada, nuestro amigo Recaredo que, como buen chapín, siempre ha sido amigo de gustar la rica chicha de jocotes,, propuso:

—Oigan, muchá, bajemos a la fonda "Los Tecolotes" a echarnos un trago de chicha de San Antonio Dueñas. Nunca está demás hacer un alto en el camino.

—Encantados— fué la voz general.

Nos bajamos a la fonda y allí pudimos observar que al compás de una primitiva marimba de *tecomates* un grupo abigarrado de indios bailaban el son.

Pero no fué el grupo de indios bailadores lo que llamó nuestra atención, fué uno solo de ellos,

de perfecto perfil maya, de pómulos salientes y de maciza envergadura, quien nos hizo fijarla con detenimiento. El indígena en cuestión estaba afirmado a un poste, y, teniendo abrazado a otro indígena, lloraba, hablaba, y, entre llanto y llanto, llevaba a sus labios amoratados el tocomate plétórico de chicha.

Siempre he sido un enamorado de conocer las intimidades de los indígenas, tratando de penetrar hasta el fondo de su alma que no la abren jamás ante el ladino. Mi madre dice que esta afición mía se debe a que nosotros los poetas siempre andamos a caza de motivos sentimentales; pero yo creo que ella se debe a una regresión de sangre india que heredé, a Dios gracias, de alguno de mis antepasados. Sea una u otra la razón que me impele, lo cierto es que me acerqué a ellos, sin que se dieran cuenta de mi presencia, y, escondido detrás de unas hojas de pacaya que adornaban el estanco, pude escuchar la siguiente confidencia:

"...Yo tenía un mi terreno en Mixque, vos Juan Diegue, lo conociste; allí sembraba mi milpe; allí tenía mi rancho en el que vivía el María y mis chiriches; allí tenía mis coches, mis gallinas y mi chuche flaque... Vieras qué bonita era mi terreno, vos, Juan Diegue..."

—¿Lo vendiste, José?

—Qué le iba a vender..., me lo robaren..., me dejaren sin nada..., fijáte vos..., un día, cuando le estaba preparando el col con los huevos al María pa' que los juere a vender al mercado del pueblo, llegó a mi rancho el patrón y me dijo: hoy hay

elecciones pa'tato presidente... me sacaron a la juerce y tuve qu'ir. Llegamos al pueblo, vos, Juan Diegue, y frente al mese en que estaban el tato Jefe Polítique y otros tatos más, vestidos de generales, había un cole de ishtes, tan grande como cole de casacuate, que estaban esperando dar el vote pa'tato presidente... El primero que lu'hizo jué José Culajay, a quien le dijeron que cuando le preguntaren que por quién votabe, dijere por don Julane de tal y a nosotros nos aleucionaron que dijéremos lo mesme...

—Otro trague, Juan Diegue.

—Otro trague, José.

—...Cuando me llegó mi turne, yo pensé que por qué ibe a dar mi vote por ese don Julane a quien ni siquiere conocíe, quien ni siquiere me comprabe mis hueves, ni mi leñe nunca; y como el del patruye me había dicho que yo ere ciudadane, libre, despuse dar mi vote por don Lupe Castre, el dueño de "Los Zacatales" qu'es el que le compre siempre los hueves al Marié y mi leñe a mí; así es que cuando me preguntaron "¿Por quién votás, vos, José Jolón, yo dije que por don Lupe Castre, el dueño de "Los Zacatales", qu'es el que le compre los hueves al Marié y mi leñe a mí... ¿Y sabés qué me pasó, vos, Juan Diegue? Que el tato jefe dijo: llevense prese a este ishte brute pa'que rompiendo piegre en el camine aprende a votar... Y me llevaren prese, vos, Juan Diegue... Y cuando me llevaben, el jefe del patruye decíe: numeráte los hueves, José Jolón, ya te chivaste, porque de allí no vas a salir vive, numerátelos pa'qu'el Marié los pue-

da juntar cuando vengue a buscar tus pedaces...

—Otro trague, Juan Diegue.

—Otro trague, José.

—...Pero salí vive, Juan Diegue. Me dierén d'ialte cuando el indulte del sante del tato Presidente..., pero cuando llegué a Mixque el terreno ya no ere mío, ere del comisionade que mi había mandade a romper piegre y ya no estaban ni el chuche flaque, i el coche, ni los gallines, ni el Maríe, ni los chirices. Pregunté por ellos y me dijeren que si habían muerte p'al epidemie del injluence...

—Otro trague, Juan Diegue.

—Otro trague, José...

—...Bebamos por la suerte de chuche en mise que tiene el indie..."

—Venite a tomar la chicha. No estés allí como guanaco viendo esa pareja de indios bolos. Parece que nunca hubieras visto indios—me dijo, interrumpiéndome en la captación de aquella confianza dolorida la voz de mi amigo Zaldívar—. Vos siempre con tus cosas. Está bien hablar del problema del indio, y de formar la nueva raza con él, y reivindicarlo, e incorporarlo a la cultura, y hablar de todas esas cosas, pero cuando se anda de parranda, viejo, hay que dejar esa sociología barata en casa y estar dispuesto a tomarse un trago cuando los amigos se lo ofrecen a uno.

—Está bien, Zaldívar, venga ese trago; mé lo voy a beber por tu comprensión, similar a la de nuestros gobernantes, frente a un problema de tanta trascendencia para nuestra raza como es éste

del indio, alma mater de nuestra economía y de todo cuanto somos y pudiéramos ser.

Y yo, indio también, bebí copa tras copa, hasta quedar borracho como mis hermanos de sangre y de sentimiento, haciéndole confidencias a mi amigo Zaldívar.

*De Han de estar y estarán.*





## *BIBLIOTECA SELECTA*

### CUADERNOS PUBLICADOS

1. VOCACION FILOSOFICA DEL DR. J. AROSEMENA,  
por J. D. Moscote.
2. PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO,  
por Octavio Méndez Pereira.
3. INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO,  
por Enrique Ruiz Vernacci  
y cuentos de Salomón Ponce Aguilera,  
Dario Herrera y Ricardo Miró.
4. "TODO UN CONFLICTO DE SANGRE",  
"A LA ORILLA DE LAS ESTATUAS MADURAS",  
dos cuentos de Rogelio Sinán.
5. SIETE CUENTOS MEXICANOS,  
Selección y Nota Preliminar,  
por Manuel Maples Arce.
6. EL CIEGO DEL BULABA,  
Novela corta inédita,  
por Alfredo Cantón.
7. LA CERCA DE PIÑUELAS,  
Novela corta inédita,  
por Julio B. Sosa.
8. PANAMA ES UNA TACITA DE ORO,  
novela corta inédita,  
por Fito Aguilera.
9. TRES CUENTOS,  
por José María Sánchez B.
10. LEYENDA E HISTORIA,  
por Ernesto J. Castellero R.
11. VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS,  
por Juan O. Díaz Lewis.
12. CUENTOS DE NAVIDAD,  
por José A. Cajar Escala.

CONCURSO  
DE CUENTOS

*"Alfonso Hernández Catá"*

Fundado en 1941

Creado como homenaje a la memoria del gran maestro  
de la narración breve en América.

Premio Anual Nacional  
"HERNANDEZ CATA"

Destinado a los cuentistas cubanos. — Tema cubano. —  
Donado por el periódico "El País", de La Habana. —

(Cien pesos, oro americano, y cuatro  
menciones honoríficas).

Día del otorgamiento: 8 de Noviembre.

Plazo de admisión: 25 de Junio - 15 de Octubre.

(Aniversario del deceso de Alfonso Hernández Catá).

•

Premio Anual Internacional  
"HERNANDEZ CATA"

Destinado a los cuentistas de habla española. — Tema  
libre. — (Cien pesos, oro americano, y cuatro  
menciones honoríficas).

Plazo de admisión: 16 de Octubre - 15 de Mayo.

Día del otorgamiento: 24 de Junio. — (Aniversario del  
natalicio de Alfonso Hernández Catá)

•

Todos los cuentos deberán ser inéditos y los originales  
se enviarán por quintuplicado a:

Concurso "HERNANDEZ CATA"

*Institución Hispanocubana de Cultura,*  
Bernaza 5, (altos) La Habana, Cuba.

**REVISTA**  
DE  
**GUATEMALA**

*PUBLICACION TRIMESTRAL*

Apartado Postal 404

Guatemala, C. A.

FUNDADOR:

LUIS CARDOZA Y ARAGON

DIRECTOR:

CARLOS FEDEERICO MORA

SECRETARIO:

RAUL LEIVA

CONSEJO EDITORIAL:

ANTONIO GOUBAUD CARRERA

EMILIO ZEA GONZALEZ

JOSE ROLZ BENNETT

*Muebleria La Tropical*

MUEBLES FINOS  
al Contado y a Plazos  
y por Sistema de Clubs.

Avenida "A" y Calle 18 "Q" — Teléfono 1247-J

Propietario: FERNANDO J. PEREZ

GUAYABERAS

*Agetro*  
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES  
DAN ELEGANCIA  
SON PANAMENAS

## *FARMACIA SELECTA*

Magnífico surtido de medicinas de patente.

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "I", No. 4

## *ANGELINI*

COMERCIANTES EN LICORES

DESDE 1890

Teléfonos 887 - 1687

Avenida Central, 179

Nada ayuda más al trabajo intelectual que una  
atmósfera pura y fresca en un espacio alejado  
del ruido de la calle y de la casa.

Podemos brindarle una atmósfera tal mediante  
una instalación de AIRE ACONDICIONADO.

CARRIER

en su RECAMARA o en su OFICINA

*Compañía Climatizadora*

Tel. 1973 — Panamá

*FARMACIA SOSA*

Plaza Arango, No. 1

TEL. 1984 — PANAMA

EN PREPARACION

**CUENTOS**  
DEL  
**ECUADOR**

SELECCION  
Y  
NOTA PRELIMINAR  
por  
ALEJANDRO CARRION

MUEBLERIA

**TUÑON**

*Muebles Cómodos  
y Elegantes a Precios  
Especiales.*

COMPRE SUS MUEBLES  
CON TIEMPO

*Aproveche Nuestros  
Precios Especiales.*

Ave. Central y Calle 13  
(Edificio San Roque)

SUSCRIBASE

A LA

BIBLIOTECA

**SELECTA**

LECHE MARCA

**"AMEGLIO"**

HELADOS

**"SUAVEL"**

*Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.*

Calle Juan B. Sosa, No. 5 — Tel. 2066

PANAMA, R. P.





## *Carreras de Caballos*

GANADOR — ONE-TWO

QUINIELAS — DUPLITAS

Gane Dinero y Goce de un  
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

*Hipódromo de Juan Franco*



## *LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA*

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la  
República se sostienen con el producto de la  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMA-  
NAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y  
DE LOS "3 GOLPES".

### No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando  
únicamente billetes de la  
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA  
DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS  
SON UN EXITO.

